



Gabriel Janer Manila

Daniel y las brujas salvajes

Una historia de amor a la vida
y contra la pena de muerte



ALGAR
JOVEN

LAS TIERRAS ÁSPERAS

No volveré a ver nunca más las tierras ásperas que bordean el mar hacia el sudoeste; las tierras que he recorrido durante días y noches, bajo todas las lunas de verano.

Mañana, muy de madrugada, vendrán los carceleros que guardan la prisión, me sacarán del agujero —porque esta mazmorra, pestilente y oscura, no es más que eso: un agujero—, donde he estado encerrado desde que me detuvieron; después, me llevarán a la plaza pública y entregarán mi persona al verdugo. La sentencia del Tribunal dice que he de rendir mi vida al despuntar el alba.

Tengo que decirte, ahora que estoy a punto de morir ahorcado, que, con los años que he vivido —quince, muy pocos, comparados con la vida tan larga que tuvieron el viejo Macià Torres; la señora Elisabet Garrida, que murió mientras jugaba con una cesta de limones que sostenía en el regazo, cumplidos más de cien años o con el anciano del

Pont: los tres, y aún he conocido muchos más, habían pasado de los noventa—; con los años que he vivido, quería decirte, a pesar de ser tan pocos, he conocido a muchas mujeres y a muchos hombres, alguno de ellos más ruin que las serpientes: la cabeza grande, el cuerpo grande, los dientes como clavos...

He de rendir la vida, dice la sentencia, justo al despuntar el alba. No me permitirán ver la luz del nuevo día. ¿De qué me serviría, después de todo? Y esa luz que bañará mi cuerpo ya sin vida, tendido en el suelo, tendrá sin duda el color enfermizo de los días fríos, cuando muerde el invierno.

Las cosas sucedieron de manera imprevista. Aquel día había salido a pastorear el rebaño muy de mañana y habíamos llegado hasta el sembrado del Viento, en la ladera del cerro de Biniaram. Era poco antes de mediodía. Dejé que las cabras corretearan por los pastos, saqué los higos que llevaba en el zurrón —dos docenas de higos secos más duros que la suela de un zapato—, me senté a la sombra de una encina y me convencí a mí mismo de que comía: me tragaba los higos poco a poco, con el fin de que la comida pareciera más larga, y devoraba incluso los rabos como si fuesen un manjar: los pequeños rabitos resecos y duros.

Cuando me contrataron para que tuviera cuidado de las cabras, no hablamos de la posibilidad de tomarme un tazón de leche caliente cada mediodía, apenas acabada de ordeñar. Sin embargo, me la bebía todos los días, justo después de comer. La boca se me llenaba de espuma blanca y era como si la leche me embriagara. No sé si el mayoral lo sospechaba o no.

Pensé que, por mucho que la reclamara, si el mayoral se negaba a aceptar aquel requerimiento, mi estómago tendría que despedirse de la leche para siempre.

Esto me decidió a callarme la boca, convencido de que, si no hablaba, tendría más posibilidades de llevarme la leche a ella; esta lección la había aprendido en casa del notario don Andreu Berga, al cual serví por espacio de ocho meses. Me largué de allí cansado de recibir garrotazos, un sábado de junio, poco antes de la fiesta del Corpus. Al notario Berga le gustaba sacudirme unos cuantos garrotazos cada atardecer, cuando empezaba a pensar en la cena.

—Una ración de jarabe de palo te abrirá las ganas de comer —me decía.

Y cogía el garrote y venga a pegarme sin moderación ni templanza. Me pegaba por vicio. Así como hay algunos que tienen la debilidad de malgastar el

dinero, o de beberse medio porrón de vino de un solo trago, aquel notario se desahogaba sacudiendo leña durante un rato sobre mi espalda. Tanto es así, que todavía tengo la osamenta resentida.

—Cuando quieras una cosa no la pidas —decía—, porque, si la pides, corres el peligro de que no te la den.

—Y si no la pides, puede que sí te la den —le contestaba—. Porque yo nunca he pedido las palizas con las que voy tan bien servido.

Aquel hombre perdía la cabeza con el garrote en la mano. Y era como si llevara el demonio sobre el pescuezo. Gritaba y saltaba como un conejo. A veces se escondía junto a una puerta, esperaba detrás de una pared o entre las ramas de un arbusto.

Afortunadamente, cojeaba de un pie y no me era difícil tomarle la delantera. Pero nadie me quitaba los primeros golpes, ni las patadas ni los empujones.

—Los bastonazos son como el aguardiente —decía—, los que llevas encima llaman a los otros. Cuantos más llesves en la espalda, la espalda más pide.

Un día pensé que había llegado la hora de vengarme. De desquitarme de tanto bastonazo. Y preparé una trampa para el notario Andreu Berga.

Había en el huerto un hoyo cubierto de losas que, en otro tiempo, había servido de estercolero. Lo destapé. Después lo cubrí con un trozo de saco y cuatro maderas delgadas. Cuando el notario se dispuso a embestirme con el garrote, como todos los días, huí como un rayo y salté por encima del saco. El notario no tuvo tiempo de saltar y fue a parar al fondo del hoyo.

—¡Ven a sacarme de aquí! —gritaba.

No fui. Me reí de él, de sus huesos rotos, del bastón de acebuche, de las palizas. Los gritos que lanzaba me recordaban mis gritos de espanto bajo sus golpes.

No volvimos a vernos nunca más. Me largué a buscarme la vida lejos de aquella casa.

Pasados tres días, llegué a una pequeña ciudad, situada en la falda de una montaña. Era miércoles y había mercado. Recuerdo el interminable ir y venir de gente. Entre otras cosas, se vendían animales. En una taberna conocí al mayoral. Me dijo que buscaba a un muchacho joven, dispuesto a guardar un rebaño de cabras. Le dije que yo podía hacerlo y hablamos de la paga que recibiría: un real al mes y la manutención. No era una fortuna. Pero pensé que al menos tendría una vida tranquila. De eso hace sólo medio año y aquí me tienes, a punto de

ir a la horca, pero estoy contento de haber aceptado aquel trabajo. Si no lo hubiera hecho no te habría conocido.

Y conocerte es la cosa más bella que me ha sucedido.